



La vida sobre una columna. Vida de Simeón Estilita. Vida de Daniel Estilita. Introducción, traducción y notas de José Simón Palmer. Madrid, Trotta, 2014, 152 pp. ISBN: 978-84-9879-529-5.

Se recogen en este libro las biografías de dos originales e influyentes santos sirios del siglo V, Simeón Estilita (389-459), el iniciador de la práctica de la vida ascética en lo alto de una columna, y su discípulo e imitador Daniel Estilita (409-493). La primera se atribuye a un supuesto discípulo de Simeón llamado Antonio, del que casi nada se sabe, y la segunda es obra de un autor anónimo más culto y diestro, que fue discípulo de Daniel en los últimos años de éste. Ambas se traducen del griego al español por vez primera. Si bien Simeón y Daniel son los estilitas más destacados, hemos de lamentar que no se hayan incluido las vidas de otros estilitas posteriores, como Simeón el Joven (siglo VI, no VII, como se dice en la p. 26), Alipio (siglos VI-VII) o Lucas (siglos IX-X; la vida de Lázaro Galesioto, del siglo XI, es bastante extensa). Se amplía así la “Colección de vidas” de la editorial Trotta, que consta ya de varios volúmenes de biografías de santos de finales de la Antigüedad y comienzos de la Edad Media. Es en concreto un buen complemento a la *Historia de los monjes de Siria* de Teodoreto de Ciro, traducida por Ramón Teja en esta serie en 2008, que incluye una vida de Simeón, y a las *Historias bizantinas de locura y santidad*, que constan de *El prado* de Juan Mosco (siglos VI-VII) y la *Vida de Simeón el Loco* de Leoncio de Neápolis (siglo VII), traducidas también por José Simón Palmer en Siruela en 1999, sobre los ascetas del Oriente cristiano de esos siglos.

En la introducción (pp. 9-39) el autor trata multitud de cuestiones relacionadas con las biografías de Simeón y Daniel. Comienza definiendo qué es un estilita e inscribe ambas obras en la tradición hagiográfica, a la que suman un nuevo tipo de santo (pp. 9-10). Luego ofrece una semblanza de Simeón, teniendo en cuenta los datos de las otras dos biografías que se conservan, la de Teodoreto y la escrita en siríaco. Todas ponen el énfasis en el despertar de su vocación ascética y en sus primeras tentativas, primero en una comunidad (de la que fue expulsado por lo extremo de sus rigores) y luego en soledad, hasta que toma la decisión de encaramarse a una columna con el fin de esquivar a sus numerosos visitantes, lo que produjo el efecto contrario. Lejos de pasar inadvertido, su fama se extendió por todo el orbe cristiano, y hasta entre los gobernantes árabes, como testimonian fuentes diversas (pp. 11-13). En los siguientes apartados se examina la cuestión del autor de la *Vida de Simeón* y se ofrece una visión panorámica de ésta y de las otras dos biografías, con las que se compara. Existen divergencias irreconciliables entre ellas, relativas sobre todo a la muerte del santo (pp. 13-20). La parte II está dedicada a Daniel Estilita, de quien recoge los datos biográficos, y a su *Vida*, pasando revista al autor, las fuentes y la fiabilidad histórica (pp. 20-24). Para el llamativo silencio de esta obra sobre la última etapa del santo, Simón Palmer se adhiere con buen criterio a la hipótesis de que fueron años turbulentos por las querellas cristo-

lógicas y el biógrafo prefirió omitirlos con el fin de fomentar la unidad de la Iglesia (pp. 24-26; *cfr.* cap. 90 y 95).

En la tercera parte traza un panorama de los estilistas que siguieron la estela de Simeón a lo largo de los siglos e informa de las investigaciones arqueológicas sobre la ubicación de sus columnas. Aborda también las relaciones de los estilistas con la Iglesia, las características materiales de las columnas y de los recintos que se levantaron en torno a ellas, el tipo de ascetismo que practicaron, su influencia en la sociedad (no sólo religiosa, sino a menudo social y política), los posibles antecedentes (que con razón rechaza por infundados) y su presencia en la tradición literaria y artística, que saca partido a la potente dimensión espectacular de esta forma de vida (como hizo Luis Buñuel en su medimetroraje *Simón del desierto*, de 1965, que incorporó numerosos motivos de la *Vida de Simeón*, como las curaciones, las llagas, la cercanía de la madre, y hasta las disputas heresiológicas: “¡Viva la apocatástasis!”, llega a gritar un monje poseído ante la perplejidad de otros). Menciona también el autor algunas figuras contemporáneas que han imitado a los estilistas de antaño, como la ecologista que se subió a una secuoya, o un monje georgiano que vive sobre un peñasco (pp. 26-34). En el siguiente apartado explica con brevedad la enrevesada tradición textual de las biografías y ofrece un completo elenco de sus ediciones y traducciones (pp. 34-36). Por último, expone los criterios que ha seguido en su traducción y recoge la bibliografía empleada (pp. 36-40). Incluye también un pequeño dossier con las imágenes más antiguas de los estilistas en bajorrelieves, manuscritos e iconos (pp. 41-44).

La traducción es rigurosa, clara y elegante, a la par que fiel al estilo a veces algo tosco del original, sobre todo de la *Vida de Simeón*. Supone un difícil reto la traducción de nombres de cargos administrativos, tan abundantes en la *Vida de Daniel* debido a su proximidad geográfica a Constantinopla y a su ascendiente en la corte. El traductor ha optado por varias soluciones: la transcripción del término griego (*martyrion*, p. 73; *spatharios*, p. 84; *propheteion*, p. 104), la adaptación al castellano (*higúmeno*, p. 68; *Acemetas*, p. 79; *apocrisario*, p. 88; *cubiculario*, p. 93; *primicerio*, p. 94; *bucelario*, p. 101), la versión latina (*magister militum*, *conventus*, *magister officiorum*, *comes domesticorum*, p. 97) o la traducción ('intendente', por *kastrésios*, pp. 81, 85), que es la preferible para mayor claridad y naturalidad, mientras que podría dejarse para las notas la aclaración de los términos más técnicos. Las abundantes citas bíblicas hechas por los personajes de las vidas se notan en cursiva y se ofrece su referencia a pie de página, lo cual permite comprobar la centralidad de la Escritura para los que abrazaban la vida ascética.

Al final del libro se reúnen las notas aclaratorias, de gran utilidad. Destacan las que tratan problemas de crítica textual (indicio del gran rigor del trabajo) y aportan la necesaria información sobre la cronología y los nombres técnicos de cargos políticos, militares y eclesiásticos, así como de los elementos arquitectónicos de la columna y de los refugios y santuarios construidos junto a ella.

Por último, se recogen las páginas que Evagrio Escolástico dedicó a Simeón en su *Historia eclesiástica* 1.13-14 (finales siglo VI), con datos exclusivos sobre una embajada de ascetas que acude a preguntar a Siméon sobre su nuevo modo de vida y una descripción de sus reliquias en Antioquía.

La transliteración de los términos griegos es impecable y en las notas se precisan incluso las etas y omegas (en p. 134 n. 64, *typhás* sería más correcto que *tyfás*). La transcripción de nombres griegos y latinos es igualmente correcta, salvo en contadas

excepciones, como Samosata (pp. 20, 33, 68), que debería ser esdrújula; o Antioquia (pp. 11, 17), Tolanisos, Adrianópolis (p. 26) y Aelia (p. 134), que deberían ser Antioquía (como en pp. 12, 15 o 20), Tolaniso, Adrianópolis y Elia. Las erratas son escasísimas (sólo he encontrado: “durante últimos años de vida”, p. 24; “gurdaba”, p. 30; “anonime” por “anonyme”, p. 37; “todo la relacionado”, p. 54; “recito”, p. 65 n. 11; “Daniel pide el emperador”, p. 98; *proskynēo* en vez de *-eō*, p. 135 n. 76). El año del libro de Gilli es 1999, no 1991 (p. 65 nn. 18 y 19).

Este cuidado volumen constituye, en suma, un rico testimonio del cristianismo oriental durante el siglo que marca el paso de la Antigüedad a la Edad Media, en el que vemos desfilar delante de las columnas de los estilitas no sólo a devotos, enfermos y endemoniados (y hasta dragones y serpientes con dolencias: *VSim.* 55, 59), sino también, en el caso de la *Vida de Daniel*, a toda clase de autoridades religiosas, militares y políticas, incluyendo a emperadores y emperatrices, por lo que su lectura resulta inexcusable para todo historiador interesado en los primeros siglos del Imperio Bizantino.

Marco Antonio Santamaría Álvarez
Universidad de Salamanca